

# Profesor Moneo, ¿me enseña usted a mirar?

TEXTO *Beatriz Sánchez Tajadura* [Com Fia 15]  
FOTOGRAFÍA *Manuel Castells* [Com 87]

LAS COSAS MÁS OBIAS NO SE PIENSAN. Nadie reflexiona sobre cómo se cepilla los dientes o la manera en que corta el filete: lo hace y punto. En cierto modo tiene sentido: si uno tuviese que meditar cada tarea cotidiana, terminaría agotado; así que el cerebro lo hace solo y ahorra energías. Lo mismo cuando uno está en su habitación. La ve a diario, es un lugar habitual. Poquísimas personas levantarán la cabeza y se fijarán en el techo. Algunas lo harán para asegurarse de que no hay telarañas o para limpiar la lámpara, que ya tiene polvo; pero sin reparar en la viga cubierta, ni en el gotelé, ni en las ondulaciones de la pared. Y si lo hacen, son gente peculiar: arquitectos.

El espacio es una de esas cosas en que la gente no repara. Y sin embargo, no es como lavarse los dientes o trocear el filete; tareas necesarias y cotidianas, no, la arquitectura es otra cosa. Crea sensaciones sin que uno lo sepa. Algo tan fácil como comparar una celda sofocante con un polideportivo amplio y con eco. En la primera uno se encoge y le cuesta respirar, en el segundo puede estirar los músculos. Aunque solo esa minoría peculiar contemple el te-

cho de su habitación, el espacio le influye a todo el mundo: para empezar, porque más de la mitad de la vida se va dentro de los edificios.

A veces las cosas no se piensan por obvias, otras, porque no se percibe la utilidad. Pensar en la pared de gotelé, en sí, no nos cambia la vida. Tampoco es útil decir “te quiero” o contemplar una pintura al óleo, pero aun así se hace; si el valor fuese igual a la utilidad, la mayoría de las cosas no existirían. Mirar la arquitectura es como mirar una obra de arte: no sirve para nada. Pero uno lo disfruta. La arquitectura es un arte que se vive, sí o sí. Incluso el anacoreta del desierto se refugia bajo un techo. **Rafael Moneo**, Premio Pritzker –el más importante en arquitectura– y Premio Príncipe de Asturias de las Artes, señala una casa y comenta que esa pared busca la calma, la espiritualidad, y sigue: “Ese espacio propicia un gusto por sentirse vivo, una satisfacción metafísica”. Entonces, uno puede pensar dos cosas. La primera es que los arquitectos no andan del todo bien de la cabeza, al fin y al cabo se refieren a paredes. La segunda es que algo misterioso habrá

ahí para que un tudelano de 75 años diga eso, y el auditorio lo mire con los ojos como platos. La arquitectura es una de esas cosas obvias que a uno le traen sin cuidado, hasta que alguien como **Moneo** señala la pared.

**LA BONITA CONTRADICCIÓN.** “Mirar un edificio es como comer galletas o turrón. Probar uno de aquí, otro de allá. Se trata de educar la mirada igual que se educa el paladar”, sostiene **Joaquín Lorda**, profesor de Historia de la Arquitectura en la Universidad de Navarra. “Solo con ser observador, sin educación arquitectónica, uno se da cuenta de muchas cosas”. Así, si uno mira la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, verá un edificio horizontal y gris, como un autobús muy largo. Tiene las paredes de hormigón liso, limpias y sin decoración. Puede que haya estudiado arte y lo relacione con el minimalismo, pero ya. Uno se queda ahí.

Entonces **Joaquín Lorda** susurra: “Fíjate en el material, es hormigón puro y limpio. Más que un edificio, parece una escultura”. Parece lógico, pero a uno no se le ocurre. Tampoco cae en la cuenta de





que el hormigón no es más que una mezcla de cemento, arena y agua. Y todo el que ha hecho castillos de arena sabe lo difícil que es que toda la arena quede igual. Siempre hay partes más secas y otras más diluidas. La torre del castillo se escurre si tiene demasiada agua y la muralla se deshace si la arena está seca. **Ignacio Vicens** y **Antonio Ramos**, autores de la Facultad de Comunicación, también tuvieron problemas de este tipo. En su caso, la mezcla de arena y agua fue perfecta. Si uno se para a observar, advertirá que el hormigón del edificio es uniforme. No hay vetas ni desigualdades. Es todo liso y regular, como una capa de pintura. El hormigón de este edificio es muy difícil de conseguir. Uno puede comprobarlo en un vasito de yogur: la mezcla perfecta es complicadísima; y si se piensa en la legión de hormigoneras que hicieron falta, entonces ya es misión imposible.

Ante todo, se trata de una Facultad de Comunicación, donde la actualidad y la tecnología están siempre cambiando. “Es un edificio para alumnos de Periodismo —recalca **Lorda**— y debería reflejar ese dinamismo. Pero en lugar de materiales

flexibles, es un edificio sólido y compacto. Si tuviesen que poner un enchufe en el vestíbulo, tendrían que hacer un agujero enorme”.

**Ignacio Vicens** buscaba algo sobrio, que no llamase la atención. “Por eso usé el hormigón liso. Lo realmente protagonista tenían que ser los alumnos, no el edificio”. Cada edificio tiene una idea central, que da sentido a todo. La construcción se desarrolla desde esa idea y, si lo hace sin traicionarla, el edificio es coherente. Para **Vicens**, la idea central de Fcom es la del “lugar de encuentro”. Si uno se fija, enseguida advierte que el lugar más importante es el amplio vestíbulo. Cuando camina por sus pasillos, es ahí donde más probabilidades tiene de encontrarse con un profesor o con un compañero de clase. La idea del encuentro se materializa en ese vestíbulo, corazón del edificio. Todas las alturas se asoman a ese espacio central. **Vicens** quiso que los estudiantes, al salir de clase, viesan a todos los demás. “Busqué superficies lisas, que no llamasen la atención. Por eso el color no iba a entrar en un principio”. **Vicens** se refiere al cuadro alargado que cubre la pared

del primer piso. Es una pintura multicolor de **Fernando Pagola**, que siempre decora los trabajos de este arquitecto.

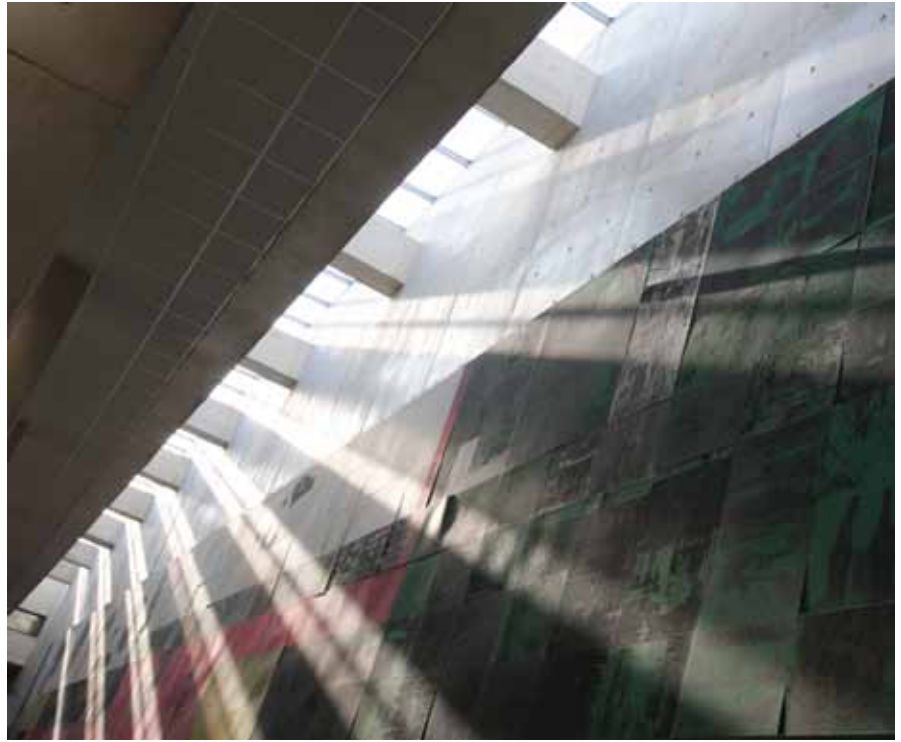
Fcom ofrece imágenes de las que ningún otro edificio puede presumir. Un ventanal alargado cruza al ras del suelo la fachada de la facultad. “Uno está acostumbrado a unas vistas del campus y Fcom te da unas vistas nuevas. Ese ventanal no es sino un marco, que si miras desde el interior otorga al paisaje una fuerza que de otra manera no tendría”, explica **Javier Martínez**, profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra. Algo similar explica el propio **Ignacio Vicens**: “Al salir de las aulas, el campus se ve a través de esa franja cinematográfica de vidrio, sobre la cual flota toda la masa de hormigón”. Y si uno sube las escaleras hasta el primer o el segundo piso, irá encontrando rectángulos abiertos en las paredes, como si fuesen pantallas. “Cuanto más estrecho es el marco, más poderosa es la visión. El arquitecto te está diciendo: ‘Mira aquí, fíjate en esto’”, agrega **Martínez**. El profesor se mantiene callado, como si buscase las palabras adecuadas para lo que quiere expresar. “Fcom



—Desde fuera. El juego de volúmenes destaca en el exterior de Fcom.

—Desde dentro. La luz que entra por la cubierta ilumina el mural de Pagola.

—A través. Una cristalera separa el hall de Fcom de la explanada.



es sorprendente —murmura entonces— Es como una de esas personas con cara poco atractiva. Hay que vencer esa primera resistencia..., pero cuando conoces al personaje, sientes que te atrae sin remedio”.

**LA CHAQUETA NEGRA Y EL PAÑUELO ROJO.** Próxima parada: si uno baja de la plaza por el camino de asfalto y echa un vistazo al edificio Amigos —nueva sede de las facultades de Económicas y Derecho— desde la carretera, seguro que se sorprende. La hilera de láminas que recorre el edificio, como espadas clavadas en la tierra, es lo que más llama la atención. Son altas, vigorosas y estilizadas. Y como van hacia arriba, contrastan con la larga cola horizontal del edificio. Lo que un profano llamaría “espadas clavadas en la tierra”, en jerga técnica se denominan “lamas”. Si estas lamas fuesen horizontales, alargaría el edificio mucho más, y la sensación sería desagradable. En arquitectura, como en pintura o el resto de artes plásticas, la sensibilidad es muy importante. Si uno de los elementos se descompensa, el artista se pone nervioso y no recupera la calma hasta que la composición es perfecta. Un edifi-

cio, a ojos de un arquitecto, se convierte muchas veces en un objeto de contemplación estética. Cuando **Rafael Moneo** habla del gusto por sentirse vivo y la satisfacción metafísica, uno comprende que aunque en arquitectura se empleen la escuadra y el cartabón, el componente poético es esencial. Por eso, si el arquitecto **Javier Martínez** cuenta que las lamas de Económicas marcan un juego de ritmos, uno ha de estar preparado para no ver el edificio como una simple construcción útil. Si uno de los elementos poéticos del arquitecto era el contraste, otro es el juego con la luz y las sombras. “Las lamas se orientan al sur —continúa **Javier Martínez**—, de manera que el sol las recorre de un lado a otro y la luz entra por ellas durante el día”. Los alumnos de Económicas no saben que tienen un reloj de sol; se puede consultar la hora, dependiendo de las sombras del suelo. Como el sol se mueve, la proporción de luz entre las lamas varía y en el gran pasillo de entrada aparecen dibujos de luz y sombra. Las franjas de luz se alternan con las de penumbra y así se crea el ritmo.

“Tienes dos maneras de vestirte —explica **Martínez**—. Todo en el mismo tono,

o usando elementos que contrastan. Contrastar no quiere decir ser hortera, puede haber una armonía en el contraste porque puedes potenciar el resto de cosas que llevas. Ponte una chaqueta negra con un pañuelo rojo. Se ve que no son hermanos, que son lenguajes distintos, pero hay una convivencia pacífica que beneficia a los dos”. Así pasa con los volúmenes de Económicas. El cuerpo del edificio sería la chaqueta, y las otras dos partes el pañuelo rojo.

Si Fcom se relacionaba con su plaza central, el Edificio Amigos lo hace con su entorno. Su forma está muy condicionada por el terreno, y así lo cuenta su arquitecto, **Juan M. Otxotorena**: “Mi edificio se explica por unas circunstancias especiales. Tenía que respetar la Facultad de Derecho, el campo... El resultado es una combinación de los ingredientes de partida”. Arquitectura sostenible, efectivamente. Además, se han empleado muchos materiales. Si Fcom es todo él una masa de hormigón, su compañero presume de variedad de vestuario. Tiene vidrio, acero, hormigón armado... Eso sí, el atuendo de Comunicación está hecho a medida, mientras que el de Amigos es prefabricado. El tema de los



materiales esconde más de lo que parece, al hilo de las palabras de **Moneo**. Los materiales hablan. Si se emplea el cristal transparente, es porque se quieren relacionar los espacios, inspirar apertura, diálogo. La madera produce un sentimiento acogedor, de hoguera caliente y cabaña en el bosque. Y a su vez, el hormigón es el material noble, el más básico y elemental, como hace siglos lo fue la piedra con que se construían las catedrales.

**LA JOYA EN LA LADERA.** La arquitectura tiene más de sensibilidad y de poética de lo que parece. **Rafael Moneo** lo dejaba bien claro. También él tiene su espacio con el Museo de la Universidad de Navarra, aunque su obra no estará terminada hasta 2014. Por ahora uno puede asomar la cabeza entre las obras (si los obreros no le gritan con enfado) y ver al embrión desarrollándose en el útero. Las grúas y andamios lo recubren como en una operación de cirugía plástica. Por ahora, el museo está en el papel de un hombre de 75 años que piensa con las manos. “El lugar de mi edificio es muy importante —cuenta—. Está en el límite, en el extremo, modela el

campus al retrasar la visión de todo lo que es la cintura de casas de Pamplona”. **Rafael Moneo** enmudece y con el dedo se empuja las gafas. Los ojos le brillan. Su museo tendrá varias habitaciones para la colección de arte contemporáneo de **María Josefa Huarte Beaumont**, con tesoros de **Picaso, Rothko, Palazuelo, Tàpies** o **Chillida**. “Las salas están referidas al contenido de la colección —reanuda **Moneo**, en voz bajita—. Los Palazuelo pueden estar en una sola sala y por otro lado los Tàpies. Entonces, esos volúmenes con consistencia y vida propia se manejan, me atrevería a decir, paisajísticamente; tengo muy en cuenta el modo en que se incrustan en la ladera”. La obra de **Moneo** dialoga con la ciudad: su ladera desea continuar en el Parque de la Ciudadela, e Iturrama se convierte en la franja en medio del verde.

Su edificio también juega con la luz, la leve curvatura produce sombras en las paredes. Las ventanas serán de alabastro, una variedad del yeso opaco por fuera, pero que desde dentro deja pasar la luz. “Sobre el alabastro habrá lamas horizontales. Las lamas seleccionan la luz y el alabastro la difumina”, comenta **Javier Mar-**

**tínez**. La luz es algo muy polémico en los museos, no debe incidir en las obras. Además, **Moneo** quiere guardar la intimidad y el misterio del arte. Por eso las entradas son por quiebros; dentro de la sala no se ve la puerta.

Si la persona curiosa se asoma a las obras, advierte que los primeros bloques son grises. Pero a **Moneo** se le enciende la bombilla y cambia de idea a pie de obra: nada de gris, vamos a por hormigón coloreado. Como algo precioso en mitad de la ladera. La obra del Premio Pritzker debe contemplarse con algo más que la vista. Quien la mire en un acto automático no descubrirá nada. Es el peligro de los estudiantes que pasan todas las mañanas junto al museo; se acostumbrarán como quien se lava los dientes o corta un filete. Aquellos que se fijen, quizá no interpreten nada. Pero ya lo desmiente **Moneo**: “Las personas usan lo que los arquitectos hacen. Tocan los edificios, los ven en las ciudades. La arquitectura es una experiencia muy profunda en las gentes y pienso que, aun no sabiendo de ella, algo entienden”. Ese es el lenguaje de **Moneo**; aunque abstracto, capaz de llegar a todos, si se fijan. **86**